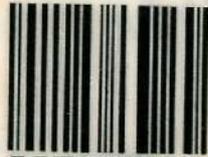
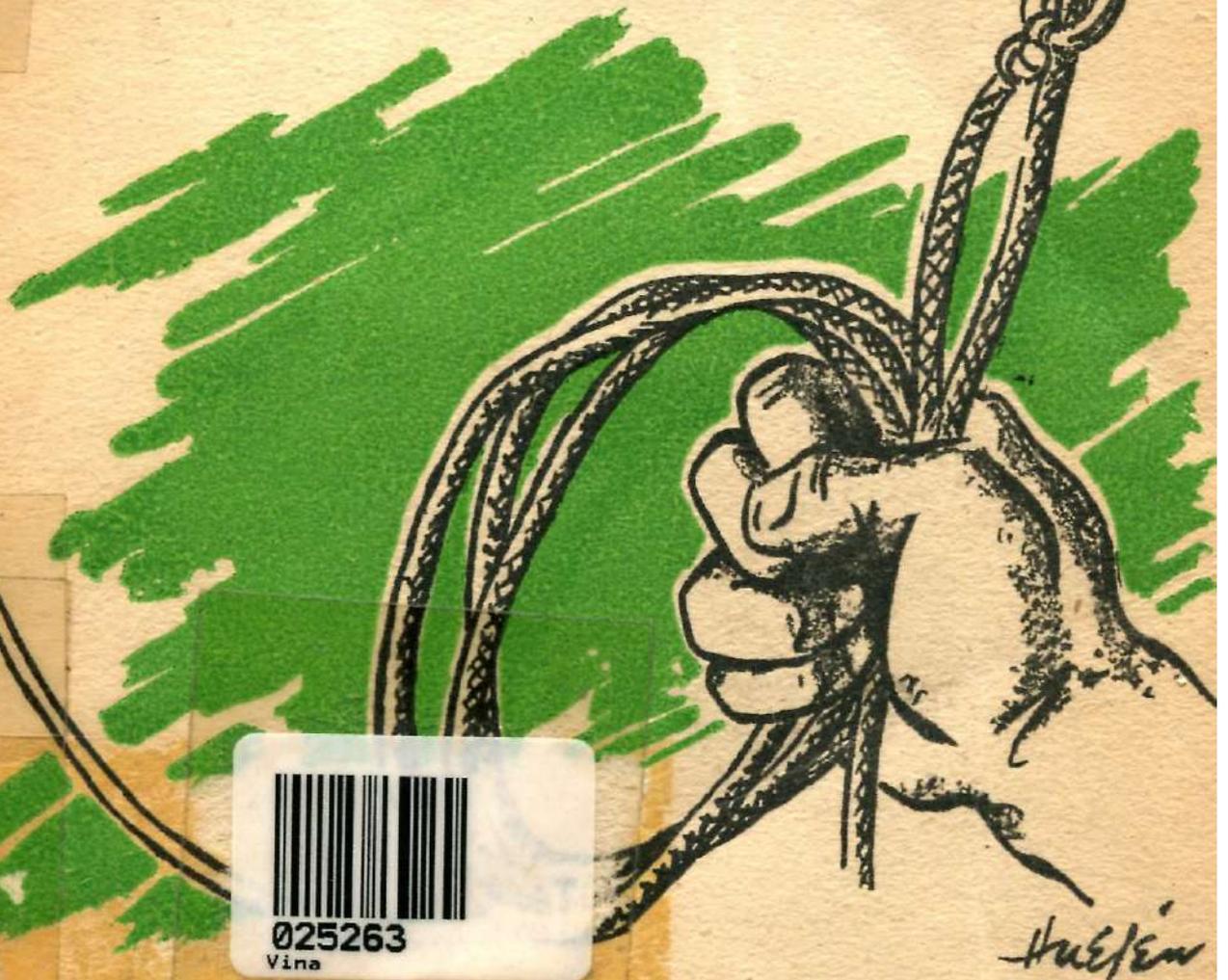


GALVARINO-GUZMAN

Mañanas Chicollas



025263
Vina

Huelén

CL
863
9993m
G A L V A R I N O G U Z M A N C I

MAÑAS CRIOLLAS

Maña.—Destreza, habilidad. Artificio o astucia. Vicio o mala costumbre; resabio.
(Diccionario de la Real Academia).

SEGUNDA EDICION



IMPRESA N A S C I M E N T O
SANTIAGO 1945 C H I L E

Es propiedad del autor.

Inscripción N.º 10700

Núm. 2232

Impreso en los talleres de
la Editorial Nascimento
Santiago de Chile. 1945.

EL CRIOLLO Y EL REBENQUE

(PRÓLOGO)

Un amigo serio y erudito leía algunos borradores de este libro; afectuoso y preocupado, me hablaba de disecciones, de escalpelo, y de otras cosas impresionantes reservadas para los casos graves.

Con el genio que Dios me dió, salté interrumpiéndole: —Aquí no hay nada de todo eso; hay solamente gentes mal enseñadas, que están necesitando un rebenque...

Pensé entonces que de este esfuerzo mío quizás fuera a tomarse en serio lo superficial, y en broma la finalidad que me empuja. Para evitarlo quise exponer antecedentes, de donde resultó este prólogo.

Quien se dé el sacrificio de leer las páginas que siguen, puede calificarme de ignorante y no afanarse en probarlo. Soy ignorante; pero conozco a mi tierra y

a su gente como conoce el chacarero los pedazos buenos y los malos de la parcela que cultiva todos los años. Por lo demás, autor y libro se conforman con la sabiduría del refrán sureño: "Así como la ollita, es la empanadita".

Yo no entiendo de influencias raciales, ni de psicoanálisis, ni de complejos, ni de tantas doctrinas científicas que al explicar las fallas de las gentes (o parecer que las explican) concluyen por ser aquí razones cómodas para una fatalista resignación.

Tengo en el corazón las bellezas de mi país, y en el espíritu toda una estimación profunda por las cualidades de la buena raza chilena; por esa gran mayoría silenciosa, honrada, sencilla y capaz; por esos chilenos, de arriba y de abajo, que en cualquier parte del mundo nos hacen sentirnos orgullosos de haber nacido entre el Morro de Arica y el Cabo de Hornos.

Pero a la vez conozco bien al criollo, vivo, ligero, muy simpático; pero con mañas visibles o escondidas; con tretas ingenuas o habilidosas, bien o mal intencionadas. Al hojear el tosco libro de la experiencia —recordando casos y meditando observaciones— aprendí de sus argucias y de sus triquiñuelas; comprobé los daños que producen sus taimados proceder, y medí a mi manera las contrariedades, las amarguras, los desastres, que se van ocasionando por la acumulación de

esas malas costumbres. Hábitos que son como perniciosas malezas, que arraigan y que ahogan; que aislados, hacen sonreír; pero sumados, desesperan, y anulan a veces valiosísimos esfuerzos. . .

Tenemos muchos criollos con las tretas que aquí se describen, y tal vez con otras más ocultas y temibles. Son por lo general casos crónicos, de difícil enmienda y de relativo peligro; a veces suelen darse casos agudos, de violentas hostilidades, que llegan hasta el crimen. Los sujetos están ubicados ordinariamente en las capas medianas o bajas, aunque muchas veces pertenecen a las clases más altas o llegan a principales puestos, por caprichos de herencia o por vaivenes de nuestra politiquería.

Esos criollos son impermeables a las buenas razones; su comodidad y su rutina valen para ellos mucho más que cualquier derecho de la colectividad; abominan del esfuerzo amplio que otro desarrolle, porque puede arrastrarlos en un movimiento considerable y elevar al que envidian, mas no emulan; piden con ardor, progreso, disciplina, cultura (sólo de palabra, naturalmente); pero con la expresa condición de que no se toquen sus regaladas costumbres ni se les exijan sacrificios. Escuchan las prédicas con aire de convencidos, y hasta llegan a felicitar al orador; pero siempre tienen, de su abundante repertorio, un chis-

te o una desvergüenza para "matar" la iniciativa más noble y la exposición más luminosa.

A tales criollos de doble fondo hay que conversarles en su propio idioma. Ellos serían capaces de discutirle a Aristóteles sin la menor aprensión, porque no tiene cuenta en el banco; siempre querrán decir la última palabra, para "quedar encima"; pero se cuidan de quien conozca sus tretas y pueda poner en evidencia las picardías que sacan con mantas de ingenuidad y de buena intención.

Siendo prontos y agudos —aunque no tan hábiles como se creen— ignoran u olvidan que esas tretas rebotan tarde o temprano contra el que las emplea. Si se pudiera llevar una estadística precisa de numerosísimos casos, se vería hasta qué punto hacen mal negocio los "listos", con sus trampas y sus procedimientos torcidos.

Pero lo principal es el perjuicio colectivo; el daño y el descrédito que sufre el país entero. El progreso de las comunicaciones hace que los países vivan ya como en una casa de departamentos; y el vecino de reputación dudosa no puede esperar consideraciones ni buen trato. Chile es honrado en su conjunto, y tiene derecho a un nombre limpio; sus hijos deben cuidar de que nadie lo empañe.

Mi voz quisiera resonar como un eco de la protesta

de miles de chilenos, hombres y mujeres, que se sienten cansados, avergonzados, hasta angustiados, sufriendo los pinchazos y la carga de esas malas costumbres criollas. Quisiera llevar aliento y consuelo a todos los rectos y sanos; a tantas personas —eminentes a veces— que en el país batallan, se sacrifican, dirigen y enderezan, soportando constantemente las picadas del avispero.

Apunto a una pretensión más empinada todavía: convencer a los que critico de que cometen una tontería inútil. Esas gracias ya están pasadas de moda, y ahora les conviene más sacar las piedras del camino que poner tropiezos.

Recordando a ese minero nuestro que con el cuento de una mina fantástica hizo dejar el cielo a todos sus crédulos compañeros, llegué a preguntarme: —¿Y si también fueran creídas estas sanas advertencias?

Dudo que me crean. Porque el criollo auténtico es capaz de abandonar la gloria, ilusionado por una mentira infantil; pero ni siquiera cambia de asiento por atender a una maciza verdad.

Hacia una obra grande, ningún esfuerzo resulta estéril; todos van sumándose, hasta alcanzar el total indispensable para superar las dificultades y conseguir el éxito.

Inmensa es la tarea de corregir nuestras mañas. El humilde empeño de estas páginas quisiera ser agregado a los nobles esfuerzos de los educadores —maestros, maestras y hombres de empresa— que realizan la ruda labor indispensable para reemplazar perniciosos hábitos por procederes sanos y limpios.

Nacidas del más sincero deseo de cooperar a tan sacrificado trabajo, las observaciones de este libro están dedicadas, lógicamente, a aquellos educadores. Ojalá que ellos encuentren constantes ayudas de mayor valía, y que perseveren en la obra, con inmutable fe en que nuestro país espera los más valiosos resultados de una educación que nos corrija y nos dignifique.

GALVARINO GUZMÁN.

Colunquén, septiembre de 1944.

I

A LA MALA

Visitaba yo a un obrero herido de traidora puñalada.

—¿Qué te pasa?, le pregunté, disimulando mi emoción, y él me contestó con apagada voz y mirada opaca: —Patrón, el hijuna me tumbó “a la mala” . . .

No se quejaba el noble roto. Su sola obsesión era demostrar que no lo vencieron de frente, cara a cara; no; lo hirió de noche un emboscado, cobarde y de siniestra intención, que lo atacó *a la mala*.

Es el caso mil veces repetido, a lo largo de todo el país. Y no se trata solamente de ataques sangrientos, penados por el código. Con ser aterradora la estadística de lesiones y homicidios, espantaría aún más —si pudiera hacerse— la de vedados y terribles ataques al buen nombre, al éxito sano, a la situación limpiamen-

te adquirida y penosamente mantenida; la de falaces maniobras para anular y deshacer útiles obras superiores. Verdaderas puñaladas *a la mala*, siempre crueles, y a veces mortales.

Se ha ido extendiendo por todo el país una especie de conjuración tácita para derrumbar cuanto se eleva; para atacar, denigrar, demoler todo lo que se destaque, crezca y demuestre superioridad. Es como una mafia cautelosa e inmensa, que opera solamente *a la mala*, con la consigna de aplanar y envilecer cuanto crezca alto y digno.

A primera vista no son casos trágicos, ni son malas personas sus autores. Es posible que muchos obren casi inconscientemente; escuchan complacidos las infamias y las torpezas; las repiten y las aumentan, sin darse cuenta de que ayudan a perpetrar ruines crímenes colectivos.

Los violentos, los envidiosos, los hostiles, que anhelan crear dificultades o eliminar al que desean reemplazar o al que los mira del tamaño que son, viven tratando de herir o de estorbar a los que mandan o influyen sin tomarlos mayormente en cuenta. Conocedores de nuestro medio y jugando *a la mala*, explotan constantemente la caja de resonancia en que cae todo comentario denigrante, y a la vez el silenciador que apaga toda noticia que favorezca y anime.

Esas gentes ganan sus batallas por cansancio o desesperación de las personas que atacan. Así van consiguiendo alejar de la administración pública, de las instituciones y aún de las actividades privadas, a los mejores elementos del país.

Cuando el roto herido *a la mala* sale del hospital, busca al que lo atacó, y de frente, le paga en la misma moneda. Pero las puñaladas traidoras de la lengua no pueden castigarse con iguales puñaladas.

II

DE MUY BUEN SÍ

Cuando alguien comenta, satisfecho y esperanzado, las favorables promesas que recibió en su petición a gobernante o político, es frecuente oír como único y simple comentario: —Tiene *muy buen sí*, el caballero.

Habría mucho que comentar sobre las proyecciones de la significativa frase. Desde luego, la costumbre está abonada por ser característica del descubridor de Chile. Dice de don Diego de Almagro el cronista Pedro Pizarro, que lo conoció mucho y lo ha recordado minuciosamente: "Don Diego a todos dezia sí, y con pocos lo cumplía..." Este Pizarro y otros hombres de la época, no se quedaron cortos para censurar a Almagro aquel hábito; tal vez fueran menos severos si los éxitos inmediatos del Adelantado hubieran rendido más.

Desde entonces hasta ahora, tienen "buen sí" todos esos hombres con mando o con influencias que recibiendo constantes solicitudes de empleos, gajes, apoyo, ascensos o ventajas, satisfacen de palabra, sonrientes y amables, al peticionario; pero sin la menor intención de hacer algún esfuerzo o sacrificio para cumplir la promesa.

Sea que se les pida una embajada, una intendencia o un puesto ínfimo; sea que se desee la reparación de un camino o que se plantee la solución de un grave problema nacional, esos potentados *con buen sí* no vacilan un instante para ofrecer su apoyo, para dar una tarjeta de recomendación o para comprometer su voto en la discusión parlamentaria. Cierto es que llegan a cumplir la promesa sólo cuando esto les traiga una ventaja electoral, o cuando resulte un perjuicio para el enemigo político; pero el criollo auténtico, el con tretas, no piensa siquiera en que su promesa signifique un compromiso, ni en que deba cumplirla.

La manera más sencilla, más rápida y más agradable de satisfacer una petición, es decir que sí. Una negativa, aunque tenga la más sólida base, obliga a dar razones, causa molestias, y tal vez crea enemistades, o al menos antipatías; a lo mejor cambia la situación, y el asunto alcanza sin esfuerzo alguno, la solución

pedida. En caso contrario, siempre habrá o se inventará una disculpa.

—Pero entonces, dice el ingenuo, ¿uno no sabe jamás a qué atenerse?

—Justo; ese es el único inconveniente del *buen sí*. Es un excelente sistema; pero no pueden usarlo quienes tengan conciencia de la verdad.

III

DENTRO DEL DESLINDE

Vive en casa suntuosa, de muebles finos y bien cuidado jardín; la tapia es sólida, y la calle como los alrededores están sucios y polvorientos. Así es el hogar y la vida del hombre acomodado que sólo cuida de sus propios e inmediatos intereses.

Defensor airado y tenaz de cuanto está dentro de sus deslindes, rechaza por inútil cualquier sacrificio o esfuerzo en bien de lo que esté fuera de sus cercos, aunque se halle junto a su propia casa. Deja a otros, a los que tienen tiempo para cosas ajenas, el ocuparse de mejorar el barrio o la ciudad.

Igual norma egoísta y aprovechadora, le impide cooperar en obras de la colectividad, del gremio o de las asociaciones. Empujado, regateará a veces un cheque, que entrega adolorido sólo por el temor de que

una negativa total le perjudique en un negocio, o con la esperanza de que la dádiva le abra alguna puerta cerrada; pero con la convicción de que el dinero y los esfuerzos gastados para el conjunto, son valores tontamente perdidos. Para ese hombre, el mundo no tiene importancia sino en el saldo de su cuenta corriente y en los agrados que sus recursos le proporcionen.

La solidaridad a indispensables agrupaciones; la ligazón que en nuestra época se crea entre hombres, empresas, sectores y naciones; la necesidad total de una coordinación y de un mutuo apoyo, son, para el hombre todavía encerrado en sus deslindes, tan inútiles como la observación de las estrellas y tan incomprensibles como un texto de álgebra para un analfabeto.

Cumpliendo las leyes escritas y pagando estrictamente sus cuentas, esos egoístas cerrados se sienten con máximos derechos para criticar todo y a todos; para quejarse o protestar de cualquier cosa que les incomode o les perjudique; para pretender las mayores ventajas y antes que nadie. Su extrañeza y su indignación no tendrán límites, si se les explica que hay otros deberes que cumplir, esfuerzos de conjunto que ayudar, sacrificios colectivos que es indispensable afrontar, sin esperar ganancias inmediatas y ni siquiera agradecimientos.

Pero ellos siguen creyéndose de una casta separada;

todavía se sienten como unos privilegiados que, por no transgredir los códigos, tienen exclusivos derechos a todas las ventajas.

Habrá que reformar los códigos, poniéndolos de acuerdo con la época, y colocar fuera de la ley a los que eluden la ayuda que deben prestar al conjunto; a los que se creen muy hábiles porque se les ha permitido escamotear la cooperación que adeudan, y que otros han pagado por ellos.

Esos hombres intachables dentro de sus deslindes, son por lo general unos propietarios perfectos. Pero ignoran cuanto ocurre fuera, y negándose a prestar ayuda a la obra colectiva, como ciudadanos debieran ser considerados delincuentes.

IV

LA NEUMATICA

Hacer el vacío a un hombre o a una obra, ha sido un viejo procedimiento usado por ruines y mediocres de todas partes. Pero hacerlo a la criolla, construyendo un arma solapada que convierte en peligroso al insignificante, y lo vuelve capaz de estorbar y vencer a una gran empresa; dificultar y aislar melosamente, constantemente, implacablemente; hacer de la intriga silenciosa y negativa un arte refinado y cuidadoso, es lo que en Chile se ha patentado con una temible marca sugestiva: es "hacer la neumática".

La neumática es el recurso de los pequeños para combatir a los grandes. Muchas veces parecería lo contrario, cuando hombres que disfrutan de situación importante la emplean para acallar o destruir esfuerzos de hombres modestos; pero ello es el reconocimiento

implícito de la inferioridad. Siempre que alguien hace o pretende hacer el vacío, es porque no se siente con fuerzas ni razones suficientes para atacar de frente.

La neumática es uno de esos recursos típicamente criollos, que aparece absurdo por sus cuatro costados; pero que absurdo y todo, vive, funciona, y de inmediato, triunfa.

—¿Cómo es posible hacer callar a gente habladora, que tiene el vicio del comentario?

—Muy fácilmente, porque se silencia sólo cuanto favorece; se omite la razón que da la clave del sistema, y se suprimen los antecedentes importantes que justifican el nuevo proceder. Automáticamente, quien dispuso todo aquello queda como un disparatador o como un infeliz.

—¿Tiene acogida una explicación trunca?

—Inmensa acogida. La masa es hostil al conocimiento de factores sólidos, de razones profundas, por más simples que sean; pero se apodera encantada de la expresión sonora y vacía. Recuerda al indígena que debiera elegir entre un libro y un cascabel.

—Pero el afectado o su repartición pueden explicar, publicar, establecer la verdad.

—Están en la situación del hombre acosado por los mosquitos, junto a una ciénaga y con un matamoscas en la mano; aplastará centenares, y quedarán millo-